

EL PERIODISTA Y ESCRITOR

El oficio de escritor es sin duda la faceta más asidua y abarcadora de la personalidad de Manuel del Águila. Como botón de muestra ofrecemos aquí unos cuantos ejemplos en donde brilla el ensayista, el narrador y el articulista de periódico.

El frío imperativo de las necesidades, más veces empujadas hacia la urgencia que nacidas de ella, va cambiando la fisonomía de las ciudades, sin ver ni querer ver que el cambio arrastra, con su furia de río desbocado, algo emocional no siempre sustituible.

Como otros tantos viejos edificios, aunque éste no lo sea ni por su aspecto, con bella fachada en piedra dorada por el sol del Sur, contemporizadora del siglo que se iba y el que anunciaba su llegada; ni por su edad, porque fue levantado en 1894 un ayer que arquitectónicamente es casi un hoy, va a desaparecer la Casa de Correos almeriense, situada en el más exacto centro urbano, para levantar un moderno e «impresionante» grupo funcional que, con un sentido estricto, aúne todos los servicios y cumpla las necesidades inherentes a ellos.

Aunque es hermoso y encaja plenamente en el ambiente finisecular con que la calle principal de la ciudad fue concebida, trazada y orientada en sus extremos, para que en ese sentido fuera completada, no haríamos comentario a ello, acostumbrados a rebeldías e imposiciones, si no fuera unido su derrumbamiento al arrastre de un bello recuerdo literario.

Este edificio fue construido para nueva sede del Colegio de Jesús, que dirigía el entonces arcediano de la Catedral don José María Navarro Darax, sobre el solar de un grupo de casillas viejas y humildes, con pequeños jardines frontales, donde crecía el geranio, la madreSelva y el clavel, ampliados con la orza o la tinaja desechada sembradas de albahaca.

Como frecuentemente ocurre en las viejas ciudades colmadas de historia, al abrir el suelo para los cimientos del nuevo edificio aparecieron fragmentos de estucos, vasijas, mosaicos, trozos de frisos en relieve fuertemente coloreados, grandes losas de mármol de una al parecer rica casa árabe. Quizá la tierra preparaba su base para sustentar un insospechado pilar: el río vertical de un gran poeta.

Fue el máximo colegio de la época en la provincia, y por él pasaron nombres que después rigieron y trabajaron, y rigen y trabajan aún o duermen su sueño de lirios y cipreses, como Federico García Lorca.

Sus biógrafos no aportan nunca más datos que el lacónico de «estudió de niño en un colegio de Almería», pero aquí consta ampliamente, en la memoria del curso, su filiación, el nombre de sus compañeros, la fecha de matrícula cinco de octubre de 1910 y su permanencia en 1911 y 1912, año en que efectuó su ingreso en el Instituto de Almería, donde también se encuentra su expediente de examen, ya iniciador de ciertos matices muy particulares a su grafismo.

No es difícil adivinar que, distraído y soñador, el niño Federico llegaría hasta su colegio, cartera al hombro, siguiendo aquel paseo del Príncipe, recién estrenado, con su ancha zona arbolada salpicada de kioscos puntiagudos, coronados de calada marquetería, y sus dos calzadas laterales, por donde desfilaban, en las tibias horas de la tarde, los carruajes de las bellas de la época, iniciando sonrisas bajo los enormes ojos.

Desde las altas ventanas de su aula, dominando la plana superficie de los terrados, vería la silueta delgada de Cabo de Gata, ondulante como un brazo de antigua danzarina mediterránea, apuntando con el dedo alargado de su última roca a Africa candente, mientras un sonsonete de disciplinas cantadas, cursos de ríos, límites de mares y tablas aritméticas, le envolvían el inquieto nido pajarero de su imaginación.

¿Hasta qué punto le fueron propicias las transparencias de mar y cielo; los contrastes de los ocres montañosos con los irritantes lienzos encalados; la sal de la brisa, penetrada de los enervantes aromas de los azahares, de los jazmineros, «con su blancura pequeña», del pino y del ciprés, más intensos por nacer arraigados con rabiosa sed a la tierra seca?...

Quizá, movido por aquellos recuerdos consagraría luego a la ciudad escolar unas estrofas en el romance «La Monja Gitana»:

«Silencio de cal y mirto.
Malvas en las hierbas finas.

Cinco toronjas se endulzan
en la cercana colina...
Las cinco llagas de Cristo
cortadas en Almería.

¡Oh, qué llanura empinada.
con veinte soles arriba!
¡Qué ríos puestos de pie
vislumbra su fantasía!»

Sí; llanura costera trepadora hacia la altura de la sierra, coronada de un enorme y luminoso sol que parece multiplicado y ríos verticales, oteadores del manantial y la nube.

Años más tarde, madura su juventud, buscó aquí, en el extraño y yermo pueblo de Níjar, idealizándolo pero llevándolo al hilo mismo de la terrible historia, el motivo argumental de *Bodas de sangre* en un suceso rural de aquellos días. Oírlo, aún, contado por los campesinos tiene un sabor de amarga tuerca, de lágrima y cuchillo ensangrentado.

La piqueta ahora, al demoler el edificio administrativo, deshace también el recuerdo literario y emocional de su paso por el colegio, que sólo lo siguió siendo cinco años más, desde su vuelta a Granada, intensa centradora de su vida y de su obra.

Al ahondar más profundamente para los nuevos cimientos, al ¡ay...! antiguo de otras viejas ruinas, se ahogará inoído estruendo vibrante de las excavadoras.

(ABC de Madrid)

Para ser España un país tan luminoso aireado por vientos marineros, kilómetros de costas, la mayor parte mediterráneas, a veces se le nubla la conciencia y enfoca actos y personas con viejas sombras de rencor. Y no es una conclusión propia; nombres de más lustre le pregonan.

Muy recientemente, en la columna «El color de la mañana» del diario *ABC*, persistentemente escrita por Camilo José Cela, este gran y bronco creador de personajes, áspero y lírico a la vez, con su valiente desenfado ha dicho:

«En Granada, la dura tierra en la que nació y murió de muerte alevosa, estúpida e impolítica Federico García Lorca, uno de los más grandes poetas de nuestra historia literaria, no hay ni un solo recuerdo estimable de su nombre ni de su figura, aunque sí de su espíritu, en no pocos corazones que laten al melodioso compás de sus versos...». «No hay, entre otras ausencias, ni una estatua en su honor ni una calle que lleve su nombre, y no cuento, porque no merecería la pena mencionarlo, el parque bautizado con el nombre del poeta en la Huerta de San Vicente, monumento al mal gusto, en el que se desperdician más de cuarenta marjales de arbolado. ¿A qué espera para desagraciar al poeta? ¿Por qué ese empecinamiento en borrar el nombre que el aire, ese gran vengador no destierra?»

En este duro artículo que Cela titula «Denuncia de una necesidad» recuerda a los granadinos que si el español suele ser olvidadizo, ellos parecen ser «el arquetipo de lo que quisiéramos dejar de nuestras conciencias».

Por fortuna no se podrá decir lo mismo de Almería, porque ciertamente movida por una admiración al poeta, aunque Lorca la nombre brevemente en su obra, si bien sus *Bodas de Sangre* son netamente almerienses, por tema, por ambiente y por forma expresiva, la ciudad ha cumplido con amplitud con su memoria, dedicándole una plaza y denominando con su nombre a la posiblemente mejor y más larga calle la antigua rambla, que la atraviesa de sur a norte y que debería ser iniciada con un bello monumento frente al mar, como

comienzo también del que debe ser el principio del Paseo Marítimo ennoblecedor de la costa levantina.

Yo sostuve una larga correspondencia con Ian Gibson, motivada por un artículo mío aparecido también en *ABC* con el título «El colegio de Federico» aportándole datos para la amplia biografía que escribió del poeta, que aparecen en el capítulo titulado «Intermedio almeriense» (pág. 64), que yo, a mi vez, había recibido de mi maestro D. Eusebio Garre, quien vino a sustituir al célebre maestro de Federico D. Antonio Rodríguez Espinosa, en la escuela del Barrio Alto, primera que tuvo en Almería, y de Ulpiano Díaz, compañero de cursos en el Colegio de Jesús, quien poseía un ejemplar de la primera edición del *Romancero Gitano* con una entrañable dedicatoria, avalada con esas largas y extrañas iniciales tan características de su escritura.

Fue el señor Garre, gran profesor, autor de un estudio exhaustivo de la comarca de los Vélez, que le valió la condecoración de Alfonso X El Sabio, amigo íntimo de Don Antonio, al que le unían, a más de la identidad y profesión, las opiniones políticas y aquel halo humanista con que la Institución Libre de Enseñanza envolvió a una amplia legión de profesores. Fue él, pues, quien informó de los datos que aclararon la fecha, el lugar de ingreso y posterior estudio, por libre, en el Colegio de Jesús, de Federico, así como también de aquellas excursiones, de influencias roussonianas, que D. Antonio organizaba a los pinares, entonces frondosos del Alquíán, lugar de la última escuela del Sr. Garre, donde existía una rambla fronteriza, con una gran variedad de fósiles petrificados.

Con estos datos, el profesor González Guzmán contaría luego, en un amplio trabajo, la infancia de Federico en Almería, pero minimizando su estancia aquí, con cierto chovinismo granadino y no recordando la fuente informativa en ningún lugar.

Ian Gibson, repetimos, escribió una amplia biografía, pero inventó fechas, situaciones y personajes nada favorecedoras al poeta, tanto en ella, como en el guión, base del film posteriormente realizado, buscando, como buen escocés, el más productivo sentido crematístico.

Alegrémonos de que nuestra ciudad haya sido, por el contrario, generosa, con quien tan alto brillo dio a la literatura y tan alevosamente fue tratado.

(*La Voz de Almería*)

Manuel del Aguila

Envuelto y empujado por el cúmulo de actos, publicaciones e informaciones de todo tipo que suscita el centenario del nacimiento de *Federico García Lorca*, es muy difícil sustraerse a participar en él, por la admiración y propio amor que nos inspira. Y dentro de ese cúmulo de artículos, se ha publicado un bello trabajo escrito por *Fernando de la Riva*, bajo el título *García Lorca y Buenos Aires*, actual alcalde de esa ciudad, que por una cita alusiva a la nuestra, me ha removido un recuerdo, casi desvanecido ya por la niebla de los años pasados y las cenizas de olvido de seres desaparecidos, que amortiguaron el brillo del momento en que acaecieron.

Rememora Fernando de la Riva, la esplendorosa estancia del poeta en el otoño de 1935 en su ciudad, llegado allí a merced de las gestiones realizadas por la actriz *Lola Membrives* en ocasión de la presentación, por parte de su compañía de *Bodas de Sangre*, suceso tan de nuestro entorno y geografía y para dirigir *La Zapatera Prodigiosa* y *Mariana Pineda*, dando además, cuatro conferencias, emisiones de radio, recitales e incluso, en la intimidad de antiguos amigos, de la *Residencia de Estudiantes*, reencontrados y unidos a su llegada, representaciones de *Entremeses* de Cervantes y *Títeres de cachiporra*, momentos éstos nacidos al impulso arrastrador de comunicación y enlace, que su persona provocaba.

De la Riva nos da en el citado trabajo una larga serie de retos; de reencuentros y de momentos, que el poeta recreó en una bella alocución del otoño citado ya desde Madrid, en la que comentaba entre otras cosas, su almuerzo con el Embajador español, en la fragata «Juan Sebastián Elcano», amarrada en el Río de la Plata, en aquellos días; su encuentro, en la esquina entre Calle Corriente y Libertad, con *Carlos Gardel* y su inmediata intercomunicación con el cantor que le llevó apresuradamente a su apartamento, donde unidos por el arte y su mutua admiración, anularon largas distancias de millas marinas, para entrecruzar y aunar tangos, vidalistas y valsos criollos con limpias y vibrantes canciones españolas, zambras, zorongos y romances... No hay que hacer grandes esfuerzos imaginativos para intuir qué ex-

traordinario guión cinematográfico hay aquí, inexplicablemente no explotado.

A su vuelta a España, con una lírica nostalgia y empapado de recuerdos, escribió:

«Aquí en Madrid, está lloviendo, llegan frías brisas del Guadarrama y la Fuente de La Cibeles sigue con sus ruedas paradas, entre el gentío y el ruido charolado de los automóviles. ¿Qué brisas, qué gentes, qué colectivos sonarán en este momento por la alegrísima calle Corrientes, sensual y real, por la calle Florida, calle de las sonrisas y de las miradas, por las románticas orillas de San Isidro...? ¿Están ya abiertas las flores moradas del jacarandá? Desde aquí busco las caras de mis amigos y sé que mi voz ha de saludaros. Recuerdo, al final de la calle Suipacha, la casita de estilo almeriense, donde comí cordero asado y canté canciones españolas, montañesas, castellanas, andaluzas y las hice sonar con tono de queja, de cariño, de alegría... ¡Ay, Buenos Aires lejano, abierto al fondo del tallo de mi voz, el interés y la jugosa inquietud que me embarga cuando lo recuerdo».

Esta casa almeriense era la de *Fermín Estrella*.

Fermín Estrella es uno de los almerienses más categóricos de este siglo que termina. Yo tuve la suerte de conocerle y tratarle intensamente y sostuve una larga correspondencia con él, hasta su muerte e, incluso, publicamos un libro *Almería del Recuerdo*, una especie de recorrido lírico mío por ella y una conferencia pronunciada por él, en su homenaje, impulsado por *José María Artero*, que si a Estrella le colmó de gozo, para mí fue de gozo y orgullo.

La familia de Fermín Estrella, como tantas españolas, apretadas de bolsa, lo hicieron, partió para Argentina, tierra entonces con reflejo de aquel «Dorado» que exaltó a las generaciones anteriores y allí encontraron una buena acogida. Fermín se hizo Profesor de Letras y éste fue su trabajo principal en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, hasta 1962. Pero su actividad fue múltiple, como subsecretario de Educación, miembro de varias Academias (Honduras, Venezuela, Méjico, etc...) fundando periódicos como *El Norte*, colaborando permanentemente en *La Prensa*, *La Nación*, *La Gaceta Literaria de Madrid*; representando a su país en varios países europeos y africanos, repitiendo premios literarios y publicando trabajos didácticos sobre Historia y Literatura Hispánica, su fuerte y su pasión.

Don Fermín vino varias veces a España, con largas estancias en Almería.

Nunca he oído ni visto emoción más profunda, que la de este gran hombre recorriendo lugares, plazas, iglesias, calles y esquinas que le recordaran un algo, un momento, una situación o alguien totalmente atado en su mente a aquella geografía recorrida ahora y soñada permanentemente en la distancia.

Le acompañé repetidas veces. Me contó, en detalle, cómo mantenía toda su familia la llama nostálgica de la tierra perdida, en temas, en costumbres, en canciones, avivada por la prensa recibida con el justo retraso de su llegada por mar; de cómo asistían a cualquier espectáculo teatral o musical, que llegara de España, arrastrando a amigos y conocidos...

Esta casa y este ambiente eran el de Fermín Estrella. Recuerdo ahora, cómo orgullosamente me contó este encuentro con Federico con una voz atemorizada (era aún 1974) en la puerta misma de la Alcazaba, centro de su entorno natal, que yo casi lo había olvidado ya. La brisa amorosamente lorquiana de estos días me mueve a contarlo. Creo que valía la pena.

(La Voz de Almería, 28-VI-1998)

Manuel del Aguila

La Semana Santa, tal y como se concibe en Andalucía, tiene un arraigo popular arrastrado desde lejanas épocas, que le permite disculpar excesos anacrónicos y suntuosos de difícil explicación litúrgica. Pero pensemos que somos un pueblo viejo, en el que las tradiciones han ido creciendo, estrato sobre estrato, que es lo que nos define y particulariza; un pueblo que para comprender la tragedia del Gólgota quiso verla representada en los Autos Sacramentales y en los Misterios escenificados en los pórticos de las vetustas catedrales, y, que para admirar la entereza de Cristo, acosado y perseguido, prefería contemplar su imagen realista; o la pena profunda de su Madre que llora; o la desidia del Apóstol dormido, o la indiferencia, arrogante y castrense, del soldado romano que juega a los dados...

Para entender la Semana Santa andaluza hay que pensar que el pueblo quiere ver: Ver en un exacto sentido de visión física, sin darse cuenta, él mismo, que, con ello, sigue, paso a paso, una larga y emocionada lección de teología.

Pero hay algo más en nuestra tierra, particular, característico, que nos lleva y nos acerca a la Pasión, con una convivencia telúrica y es el paisaje; un paisaje idóneo que yo he podido gozar y sufrir, en lenta andadura, recientemente durante mi visita a Israel.

Siempre oí, y ahora lo he podido comprender, la rara y extraña coincidencia que nuestra provincia ofrece particularmente, en esa prolongada espina oriental, que va desde Los Filabres hasta los límites murcianos, con Palestina: Los mismos alrededores desérticos, con montañas rotas, fragosas, encendidas de ocre y aristas erosionadas que allí se miran, quebrando sus siluetas, en el duro espejo del Mar Muerto; las mismas ramblas de guijarros y arenas, bordeadas, a veces, por ásperos palmitos y secos espartales y que súbitamente se interrumpen para ofrecer inesperados oasis de apretado verdor y rientes arroyos. Luego, más al norte, en rápido contraste los amables paisajes de Samaria y Galilea, a la orilla de un mar y un lago, cuyos nombres nos hacen vibrar con una emoción, nacida y solo dormida, desde nuestros primeros años: Jericó, Belén, Betania, Tiberiades, Cafarnaum...

Por eso, si intencionadamente quisiéramos buscar un escenario que ayude a la representación del Misterio, recordando la tierra yerma, árida, sedienta y calcinada por un sol implacable, como el que Dios eligió para los estelares y dramáticos acontecimientos de su Pasión, quizás pocas regiones en el orbe, puedan mostrar perspectivas más semejantes a aquellos lugares de Palestina, que nuestra región y nuestro paisaje, con su contrastada geología, sus palmeras milagrosas, sus cauces en espera y sus azules de mar y lejanía.

Es comprensible, desde varios y distintos puntos de vista, que la espectacularidad de la Semana Santa, vaya agrandándose, pero en cada uno de nosotros, nacidos y arropados en la fe de Cristo, hubo siempre, dentro de ella, momentos determinados que presionaron nuestro ánimo, de una manera más imperativa, dejando huellas más indelebles. Para mí, atados desde mi niñez por un cordón de renovados recuerdos, cada año, hay instantes que me impresionaron con más intensidad y que siguen haciéndome más real la reproducción del drama divino.

El primero es la contemplación de ese Jesús Nazareno, encorvado, sudoroso, asidas sus manos huesudas a la cruz, ayudando a sus doloridos hombros a soportarla, como expresión suprema del dolor humano y de la grandeza en aceptarlo. Esa desgarradora visión me impulsó a decir en un poema bastante difundido y hoy, motivo muy entrañable para mí, oración escrita bajo un Cristo atado a la columna y rezada en una iglesia franciscana, lo siguiente:

Deshecho estas, Señor, casi de aire,
 porque el dolor, aire de amor Tu, vas haciendo;
 rota tu fuerza como espiga rota;
 quebrado el firme tallo de tu cuerpo...

Todo lo humilde, por ti llora estremecido;
 la miel, al verte, su dulzura entrega;
 a tu paso la piedra redondea su arista;
 al viento su perfume da el limón y el aire dora;
 la amarga tu era su amargor deshace
 y la rosa se quiebra y se deshoja.

¡Y porque te vio orar y oyó tu súplica,
 de su fruto el olivo se despoja!

Otra es esa auténtica manifestación de fe, tan emocional y profunda, que supone la procesión del Cristo de la Escucha. Ese Cristo descarnado y trágico, iluminado solo por cuatro faroles de luz opaca, que mueve a una enorme masa que «escucha» las solemnes cinco de la madrugada del Viernes Santo, para acompañar su doloroso Vía Crucis a través de un largo recorrido, por las calles de la ciudad.

El recogimiento, el silencio, la auténtica piedad que unen a esas familias, agrupadas alrededor de la Imagen, no es una ficticia prueba de fe: Hay una herencia de padre a hijos, de abuelos a nietos, que toma cuerpo en esa palabra «escucha». Unos de otros oyeron la bella historia, ¿por qué leyenda? de esta Imagen, que permaneció escondida y emparedada, durante los largos tiempos de la Reconquista, en una casa árabe y que expresó su queja, diciendo «¡Escucha...!».

Siglos de devoción han demostrado que la ciudad supo escuchar y comprender, dentro del humano límite, la grandeza de la Pasión y de su sacrificio. Y tan arraigada está la palabra en el alma del pueblo, que rompiendo reglas de lógica gramatical, el almeriense no dice nunca «¡mira!», sino «¡escucha!».

- ¡Escucha niño!.. ¡Escucha, amigo!... ¡Escucha, madre!...

No es pues, este Vía Crucis una colorista expresión de vehemencia andaluza; es una serena y dolorosa manifestación de fe y de fervor, llena de místicas esencias, que testimonian una sincera veneración.

Y la otra, es la procesión más antigua, la Virgen de los Dolores, conocida por La Soledad, y es el pueblo quien la llama así; ni quiere ni entiende otro nombre.

Federico García Lorca, que vivió en sus primeros e impresionables años infantiles, aquí, cerca de la Parroquia, en uno de sus bellísimos poemas juveniles, contemplando la brillante plástica popular del cortejo, dijo:

Virgen con miriñaque
 Virgen de la Soledad
 abierta como un inmenso tulipán,
 con tu barco de luces vas,
 por la alta marea de la ciudad
 entre saetas turbias
 y estrellas de cristal.

Virgen con miriñaque, tu vas
por el río de la calle
¡hasta el mar!...

Almería tan bíblica en su aspecto, tan antigua en su historia, puerto de apóstoles predicadores y comienzos de rutas de fe, ofrece su ámbito para el desarrollo de estos días dolorosos y su entrañable compenetración entre lo representativo y el lugar, permite que ello, más que un espectáculo sea un estremecer del alma en sentimientos.

Celia Viñas y «Mí» Música

Manuel del Aguila

Hay seres, que como los astros, muestran sus presencia orbital a años luz, Celia, lo hizo en vida y ya, a tantos de su partida, irradia la suya propia en forma de recuerdos y motivaciones; o reconocimiento, impulsos, directrices y metas. enseñó mucho, sugirió mucho más y no hay encuentro de viejos alumnos o amigos, en cualquier lugar, cercano o lejano, donde la memoria de su sonrisa, su palabra, su gesto y su esforzada voz no planee con un entrañable aleteo.

En un artículo rememorador del cuarenta aniversario de su muerte, yo explicaba nuestro encuentro y firme amistad con estas palabras que me copio:

«Recuerdo que yo estaba con un grupo de amigos bañistas, sentados en la arena y me fue presentada por un amigo común. Era grácil su figura saliendo del agua con, para la época, un atrevido bañador de nadadora, estrujando su trenza y deshumedeciendo las manos en las piernas para saludar. Menuda y ágil, entonces muy delgada, parecía una alumna de bachillerato. Y así fue siempre: alegre, juvenil, extrovertida, imantándonos con su voz, ronca de entregas y llamadas; derramadora de afectos y acogidas; arrebatadora de voluntades y de amores...»

Yo no fue su alumno; acabé mi bachillerato años antes a su llegada, y, en principio, solo nos unieron las mismas aficiones deportivas: el mar, el ciclismo y las excursiones por la dispar geografía provincial, que fue captando horizonte a horizonte y playa a playa, y reflejándola en su obra, párrafo a párrafo y verso a verso, empapada profundamente del paisaje.

Más de una vez he comentado que llegó un día a mi casa, al volver de una excursión que había realizado a Fiñana, con la alborotada compañía de sus alumnos, con su mochila, sus alpargatas de cintas, y su *rempuja* de paja, imagen tan insólita entonces, y, como durante el

trayecto volvieron cantando *Si vas «pa» la mar*, canción que siempre la enamoró, al insistir que se la repitieran, alguien le dijo «que se la enseñe su amigo Manolo que es el autor».

Nos sentamos al piano, miramos y miramos apuntes que yo había recogido, dentro del amplio folklore almeriense, hasta entonces casi desconocido, que ofrecía una variedad insospechada por la lógica influencia de esas tres vertientes, *andaluza* por el oeste, *murciana* por levante y casi *manchega* por la afilada punta geográfica de los Vélez, por el norte, que Almería refunde y decanta, ofreciéndolo luego, con una claridad mediterránea y un sabor de autoctonía, tras una labor de larga entrega que tomó cuerpo en unos cuadernos posteriormente publicados por Unión Musical Española, en la que me ayudó, en todo momento, la Sección Femenina.

Entre Celia y yo, hubo a partir de entonces una larga colaboración iniciada con la inclusión de la citada canción en su obra *Plaza de la Virgen del Mar*, para las que creó una escena exclusiva, cuya representación recuerdo con un teatro rebosante de familiares, amigos y curiosos dentro de un entusiasmado ambiente.

Me sentí gratísimamente arrastrado a participar musicalmente en aquel mundillo teatral creado por ella, tan enormemente amplio que pasma al enumerar los títulos que fueron representados, que abarcaron desde los primitivos clásicos castellanos a los últimos éxitos del teatro universal, por lo que me vi obligado a buscar en los viejos cancioneros de Palacio, Callejón y Upsala, hasta los ritmos africanos, necesarios para el «Emperador Jones».

También en el citado artículo dije que: «Cuando años después se casó con mi buen amigo *Arturo Medina*, le regalé una buena y antigua guitarra, que él conserva amorosamente, porque la música fue un motivo permanente de unión y trabajo. Y de entre ellos, le dediqué mis *Peteneras a la orilla*, que avalada por un premio, ha sonado en muchos países europeos y americanos, interpretadas por Masas Corales y Grupos Folklóricos».

Quizás nada aclararía mejor nuestra colaboración, amistad y mutuo afecto que la dedicatoria que me hizo en su libro *Palabras sin Voz*, que orgullosamente reproduzco:

«Amigo Manolo,
ya sabes,
cuando mueren las palabras...
Tú has elegido la
mejor parte
y mis palabras sin voz tienen que
agradecerte ¡tantísimas!
la gracia de tu música...
así, te ofrezco, hoy,
mis PALABRAS SIN VOZ
porque los dos sentimos esta
hermosura honda de
la ciudad, el campo, la marina
y la buscamos en un no sé que
en un no sé como,
quizá, en un porque sí
¡ay, Manolillo del Aguila!
por peteneras te enviaría mis palabras sin voz
Almería, mayo hermoso, 1953
Celia».

Hace muy pocas semanas en nuestros encuentros llamados «intelectuales» que yo mejor diría de «amigos con aficiones humanísticas», celebrado en el simpático pueblo filabrero de Uleila del Campo, Arturo me trajo una antigua partitura, manuscrita por mí, que guardaba desde largos años, para que se la dedicara. Era una hermosa, serena y estrellada noche de julio. Recuerdo que lo hice en silencio y en silencio la recibió. Hubo una larga mirada que volvía a reenlazar, una vez más, una vieja amistad, pero ese silencio estuvo lleno, lo sabemos, de la humana y caldeada presencia inexistente ya muda, sí, pero efectiva de una Celia eterna y entrañable.

(La Voz de Almería)



He aquí a nuestro Manolo convertido en encantador de serpientes por obra y gracia de Celia Viñas. Se trata de la representación del “Cartero y el Rey”

Manuel del Aguila

Hace bastantes años, cuando uno se sentía optimistamente seguidor desde Garcilaso a Neruda, impulsado por las naturales y juveniles inquietudes amorosas y sociales, esto es, cuando aún uno tenía el alma con transparencias utópicas, aunque todavía se mantenga solapado y vigilante el deseo de que las utopías tengan, quieran o no, realización algún día yo hice un largo poema al Mediterráneo que empezaba:

«Si levantas la ola y si ahondas tu brazo/
por la brecha de espuma
de la ola cortada/
arrancarás del fondo una columna griega;/
un dios de oro y de mármol;/
una atleta de piedra o una urna cerrada/
por siglos de mareas...

Si el hueco de tus manos aprisionara el agua/
rezumarían historias de Ulises y Alejandro,
Nazareños rebeldes y Franciscos humildes... etc.».

Y es así; este viejo y extraordinario mar, urna y vehículo de todas las antiguas y admirables civilizaciones, que inspiró tantas crónicas, relatos, ensayos, versos y obras de arte, sigue y seguirá siendo un manantial misterioso de hallazgos, un ofertorio permanente de perspectivas y un archivo de hechos y posibilidades que no debiera ser mancillado con tristes e inhumanos detritos y contaminaciones.

España, triunfadora expansiva y, a la vez, víctima invadida de tantos pueblos colonizadores que la colmaron con las esencias de sus culturas, debiera ofrecer esfuerzos y ayudas, como participante permanente en toda actividad que pueda afectarle, con el aporte prodigioso de sus bellezas o con la entrega, siempre actuante, de sus hallazgos.

Me mueve a esta consideración, la llegada de un catálogo que me envían unos amigos, profesores franceses, asiduos visitantes de Almería, sobre la recientemente inaugurada exposición de arte egipcio

titulada «La gloria de Alejandría» en Agde, en el sur del país vecino, donde se presentan centenares de obras de arte y vestigios arqueológicos, porcedentes de la dinastía griega de los Ptolomeos, últimos faraones reinantes, y, entre ellos, la estatua de once metros de altura del Coloso, que guardaba la entrada del mítico faro de Alejandría, una de las maravillas del mundo antiguo, organizado con motivo del bicentenario de la expedición de Napoleón al país norte-africano.

Francia, aunque afectada por los grandes problemas sociales y políticos, que cualquier otra nación tiene hoy, no pospone ocasión alguna para atraer hacia ella, las manifestaciones culturales de pueblos o de hombres que tuvieran con ella relación alguna, como ocurre en este caso con la peripecia napoleónica, aduciendo que la pequeña localidad turística de Agde, en plena costa mediterránea, con 2.500 años de historia, posee un importante museo de arqueología submarina, y que fue una antigua colonia griega.

Y allí, junto a este coloso, en una muestra continuada de erudición y arte, se exhiben mosaicos, diademas, brazaletes, columnas, capiteles y la bella estatua de un efebo de algo más de un metro, que representa a Alejandro Magno en su adolescencia, hallada en una de las misiones de arqueología submarina llevadas a cabo en la costa francesa en 1996.

Ahora que, tras extraordinarios trabajos de excavaciones submarinas, el mar está devolviendo profusión de restos de la gran biblioteca que él fundó, en su bella presencia infantil, añade el encanto premonitorio de lo que en su juventud logró, con la fundación del más importante Centro de Sabiduría de la época.

Tras largo litoral de mar latino como poseemos, saturado de ciudades orilleras, con nombres fenicios, griegos, romanos y árabes, castellinizados por la erosión secular, que regalan en cada momento, vestigios y señales de aquellos tiempos, no sólo como dice el poema si levantas la ola, sino si alzas la lastra, horadas la roca o perforas la cueva, con brío y permanente ayuda estatal, dispondríamos de muchos Agdes que ofrecer como sedes de actos semejantes que nos ocupa.

¡Qué despilfarro de mentes, lugares y momentos tiene esta espléndida y áspera España y qué de ocasiones perdidas para decir con fuerza acumulada de siglos: «yo puede también mostrar viejos tesoros»!

(La Voz de Almería)

Manuel del Aguila

En el célebre y brillante ensayo *Teoría de Andalucía* de Ortega y Gasset, hay una frase halagadora y encomiable, pero provocadora de falsos estados de nirvana, que manteniendo su esencia, dentro y fuera de contexto, dice taxativamente: «Todo andaluz tiene la espléndida idea de que ser andaluz es una suerte extraordinaria, con la que ha sido favorecido... El andaluz se sabe privilegiado porque, sin previa promesa, Dios le ha adscrito al rincón mejor del mundo».

Algo de cierto hay en ello, pero la Asociación Pro Derechos Humanos, da la cifra de 300.000 personas que viven en la «más absoluta pobreza» y sufren «una miseria severa en la que se violan sus derechos humanos». También la Oficina de Estadística de las Comunidades Europeas (EUROSTAT) añade que «aunque algunas de las Comunidades Autónomas españolas, si no alcanzan la media en términos de riqueza, se le acercan, Andalucía es la tercera región más pobre de todas, ya que sólo están en peor situación, regiones como el archipiélago portugués de las Azores y los territorios franceses de Ultramar».

Alta tasa de paro

Es difícil comprender cómo los campos más fértiles de Europa, que enamoraron a los poetas árabe-andaluces, provocando las más exaltadas metáforas y a los viajeros románticos, tanto en su literatura como en lienzos y grabados, mostrándola al mundo, saturados por su contemplación, siguen dando la tasa más alta de desempleo de la Unión Europea, obligando, entre otras muchas diásporas de menores cifras, a que más de 8.000 trabajadores temporeros, se desplacen, cada año, a la vendimia francesa, o que familias enteras desarraigadas, soporten la aspereza impositiva, incluso del lenguaje, más o menos remuneradora de Cataluña u otras regiones.

La experiencia histórica demuestra que, gobierno tras gobierno, no han sabido o no han querido afrontar el problema con la profunda transformación necesaria para llevarlo a cabo.

Dar con la fórmula, supone renovar estratos o raíces más penetradas aquí que en otras latitudes, porque el sesenta por ciento de la tierra feraz y productiva como un regalo divino pertenece desde siglos a treinta y tantas familias de sonoros apellidos, remachados como clavos eternos en la historia, recibéndola por herencias y agrandando sus latifundios con el enorme caudal de su producción, cuando se cultiva, o buena parte entregadas al mantenimiento de reses bravas, cotos de caza o campos de golf...

Sigue y seguirá ese rutinario y desconsiderado olvido de sagas familiares que, durante siglos, han cultivado los campos, sometidos a estrechos jornales, viendo cómo van pasando de generación a generación de propietarios, sin la posibilidad de poseer en un futuro, un pedazo de aquella tierra a la que entregaron el esfuerzo continuado de su vida, no hablemos, ya por cesión voluntaria, porque esa grandeza de ama no se suele dar en los poderosos, sino por ofrecimiento de facilidades adquisitivas, mediante protecciones económicas.

¿Para qué...? Es mejor cultivar esa alegría turbadora que supone el brillo ruidoso y folklórico de fiesta tras fiesta, romerías, ferias, visitas, aniversarios, bodas, etc. etc... que afrontar la realidad viviente y punzante del altísimo paro, y de los tristes y desfamiliarizados desplazamientos a países o regiones, que lógicamente exprimen como un limón el esfuerzo ajeno.

Ni la vibrante frase el himno que dice «¡Levantaos, andaluces...!» ni los profundos versos de Miguel Hernández repitiendo «Andaluces de Jaén, aceituneros altivos...», parece que sirvieron sólo para ser cantados o recitados.

Andalucía, tan lúdica y animada por temperamento, se ciega con un brillo prestado y olvida y posterga sus elementales derechos reivindicativos.

O, al menos, así lo parece.

(*La Voz de Almería*, 21-III-1998)

Manuel del Aguila

El ágil y simpático periodista José Fernández, que con tanta fluidez mantiene la sección diaria titulada «El ojo público», comentando, hace breves días, que el Presidente Aznar había encontrado, entre sólo cuatro españoles residentes en la República de Razajistán, un almeriense, me ha remozado un lejano recuerdo que merece airearse, demostrativo del sentido de expansión geográfica de nuestros paisanos.

Hace bastantes años, yo perfeccionaba mi inglés con un amigo de casa, *Don Ángel Redondo*, rico exportador de Berja, que estudió en Inglaterra y vivió allí largos años. Era un hombre muy culto, poseedor de una biblioteca bilingüe amplísima y maravillosa, de cuyas paredes colgaban objetos exóticos, traídos en viajes que me movían a preguntarle el dónde y el cómo de su adquisición, y, entre ellos, un crucifijo hecho de raras conchas marinas, nada bello, que le regalaron en un extraño lugar de Chile.

Piano Steinway

Hombre caprichoso, trasladó hasta aquí cuanto le apeteció, entre otras cosas, una gran escalera de hierro fundido desde Suecia y un gran piano Steinway desde Norte América en el que yo toqué y ensayé muchas veces.

Yo le conocí ya sexagenario y viudo, pero elegante y donjuanesco. Había recorrido todos los continentes, tenía la palabra fácil y un cúmulo de vivencias que narraba con chispa humorística, mitad andaluza y mitad inglesa; él, un viejo profesor que me ayudó mucho y otra señora, cuyos nombres reservo para otras ocasiones, fueron tres personajes, ya casi ancianos, quienes me hicieron conocer, con su archivo mental y su buena memoria, esa Almería de trazado e idiosincrasia ochocentista, que permaneció intacta hasta el boom del cine y la desgraciada proyección urbanística de los sesenta.

Arribo forzoso

Me contaba *Don Ángel*, que haciendo, una vez, un viaje en el yate de unos ricos amigos ingleses, luego de haber recorrido todas las costas atlánticas de la América Latina, visitando las Islas Malvinas (Falkland para ellos, cómo no) y doblado el estrecho de Magallanes, subieron por el litoral chileno, deambulando por las islas costeras, donde les sorprendió una fuerte borrasca, de las que el Pacífico acostumbra a regalar por sorpresa.

Con tal motivo arribaron forzosamente a la más próxima isla, que se les presentó en el archipiélago de Chonos, donde tuvieron que permanecer algunos días.

Fueron muy bien atendidos, tanto por los habitantes, como por el pequeño destacamento oficial que allí había. Como único español en el yate, lógicamente fue él, en todo momento, quien llevó la voz cantante y cuando dijo que era de Almería al Jefe del Destacamento, éste le respondió: «Pues aquí también hay un tío de Almería, que se llama Indalecio, que es casi el amo de la Isla».

Le llamaron y apareció un hombre recio de mediana edad, contentísimo, mostrando una esplendidez y una campechanía que hizo olvidar a los navegantes la tormenta y la fecha de salida.

Cuando el *Sr. Redondo* le preguntó cómo había llegado hasta allí, un lugar tan lejano y apartado, respondió con un intenso brillo en los ojos y un lenguaje todavía andaluzado:

- «Yo vine a *Guenos Aires* en un barco muy grande desde Almería y vine como *tóos*, con mano *alante* y otra atrás. Me coloqué deseguí en una empresa de abonos, llenando sacos de guano y etiquetándolos. Un día pregunté que era aquello y de dónde lo traían. Me dijeron que eran «cagás» de pájaros de las islas de Chile, donde estaban *amontonás*, y me dije; pa ponerlas aquí en los sacos a jornal, las pongo allí nadie me manda. Me vine, me traje a mi gente de España, aquí estoy y *tóos* esos almacenes que Vd. ve son míos ahora».

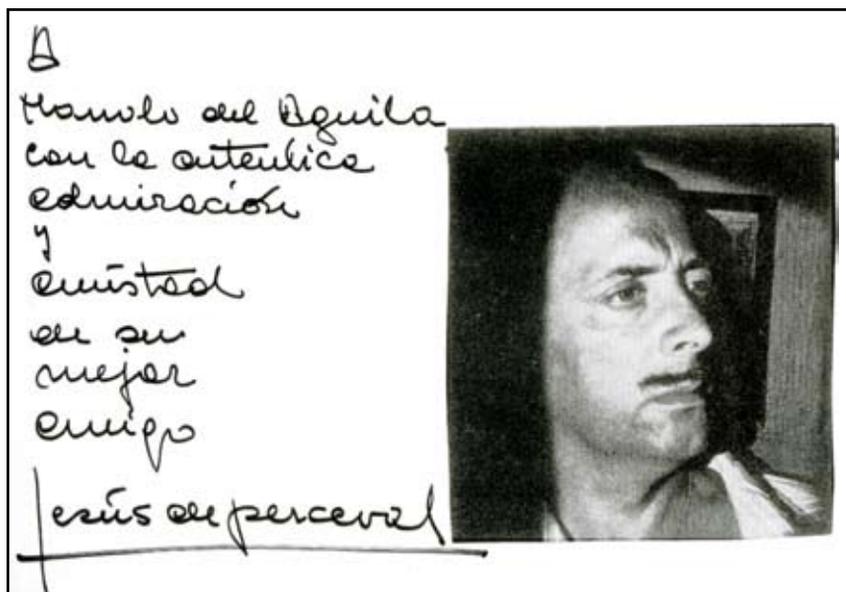
«Ya le he hecho al pueblo una iglesia y una escuela y se los he *regaláo*. Por lo menos he cumplío con Dios, y con los chiquillos. Y me llamo *Indalecio*, porque soy de *Pechina*, un pueblo rodeado de parrales y de naranjos que quita el *sentío*».

Un Indalecio chileno

Supongo que se le nublarían los ojos. Y acabo este artículo copiando unas palabras del que me ha movido a este comentario que bien pudieran haber sido dichas por este *Indalecio* chileno: «Son muchos los almerienses que andan por el mundo en silencio añorando su tierra, porque a pesar de la distancia, el sol de Almería no se olvida con facilidad».

Estoy de acuerdo contigo, compañero Fernández.

(*La Voz de Almería*, 8-XI-1997, p. 10).



Perceval irremplazable y ubícuo

¿Cómo pudo ser?

Desde que apenas empezó a andar tenía el chiquillo tanto miedo a las olas que cuando las veía acercarse, huía hacia atrás con una risa nerviosa llena de alegre temor. Siempre se acercó al mar con un gesto de asombro y de ansia, como si fuera un precipicio o un gigante dormido.

Y sin embargo fue.

Pasó así, de esta manera, sencilla y dolorosamente, porque el destino de los niños está escrito en el cielo, sobre el libro blanco de las nubes con las plumas de los ángeles y la tinta roja de las flores tempranas, y atado con una cinta a cada estrella pequeñita que Dios les asigna cuando vienen al mundo.

Aquella mañana, como tantas otras, los niños fueron a la playa a jugar. Y se sentaron a la sombra de la barca grande.

Inquietos, traviesos como siempre, se levantaban, corrían, se volvían a sentar o se tiraban en la arena, arrastrándose, revolcándose en ella como cachorrillos jóvenes.

Brincaban por la orilla mojada, burlando las olas, y dejaban sobre la arena plana y húmeda el respunte doble de sus pisadas que el agua iba borrando, una vez y otra, con besos incesantes de agua y espuma.

Como tantas otras mañanas, la graciosa tropa entregaba al aire las mariposas sonoras de su voz que volaban en la calma desierta de la playa, hasta perderse en la verde fronda de los pinares, o romperse en la torre morena de los carabineros, o deshacerse en el mar que las recibía, indiferente y sereno, con su majestad de rey único y con la eterna sonrisa de sus olas.

De pronto, como siempre sucedía, Manolillo el «Curro» ordenó cual había de ser la ruta y aquel día señaló el Pinar. Allí había visto la tarde anterior, cuando fue a llevarle los periódicos a los carabineros

de la Torre , un nido de colorines en la rama de un árbol y trepó para cogerlo. ¡Era bonito de verdad, con sus tres huevos menudos y parejos!...

Desde entonces era suyo; nadie podía negarle la propiedad. Era suyo, completamente suyo, aún más de él que aquellos imperios inmensos y lejanos que los conquistadores antiguos cosieron al mapa de España, porque él no tenía ni rey ni emperador.

Quiso que lo conocieran sus amigos y empezó a caminar.

-Vamos dijo.

Detrás de él iban Alicia, Carmencilla y el Quico, tirando de un carrillo de corcho.

-¿No os venís?

-Yo no, yo me quedo aquí jugando dijo Miguel, el mellizo rubio.

-Yo me quedo contigo dijo el mellizo moreno.

-Bueno respondió Currillo, el hermano mayor pero tú, Paquito, no aproveches queme voy para meterte en el agua.

-No, no; vamos a jugar aquí en la arena.

A Miguel no había que decirle nada; miraba al mar desde la orilla y nunca penetraba en él. ¡Le tenía tanto miedo!... ¿Por qué sería así aquel chiquillo?

Y allí se quedaron con sus carritos de lata y alambre, y sus barcos de hoja de pita, a la sombra azul de la barca grande, viéndoles alejarse y hundirse en la sombra verde del pinar espeso...

Miguel estaba de rodillas sobre la arena y a veces miraba al mar, y sonreía o dejaba de jugar, abstraído, como si contemplara sobre el suave baile de las olas constantes, algo maravilloso y remoto; como si escuchara una música suave y lejana... Sonreía y volvía luego a su tarea cargando de blancos chinorros su humilde carretón de alambres.

Pero oyó una voz; una voz tan viva y tan próxima, que le llamaba desde el agua, que respondió:

-¿Qué?...

-¿Por qué dices «qué»? preguntó su hermano.

-Me han llamado de ahí dijo señalando.

-No hay nadie. Y mirando hacia atrás, repitió convencido: -No hay nadie.

Y siguieron jugando, haciendo caminos para sus carritos o empujando sus barcos de pita sobre el mar seco y blando de la arena a la sombra azul de la barca grande.

-¿Qué? volvió a decir el mellizo rubio sonriendo, y se incorporó sobre sus rodillas hundidas en el suelo.

-¿Por qué dices «qué»? volvió a preguntarle su hermano, y él no respondió.

En la playa había un silencio espeso, roto solo por el rumor menudo de las olas. Tal quietud había que parecía el paisaje de un lienzo pintado.

Una manchita negra que caminaba, apoyada en su bastón, por la orilla, se fue agrandando poco a poco, y llegó hasta allí. Era la tía Matea, la pobre viejecilla agorera, tan injustamente odiada por los pescadores porque decían que hacía mal de ojo y traía maleficio.

Se acercó hasta ellos, porque amaba a los niños y preguntó:

-¿Qué hacéis aquí solos?... Sois muy pequeños todavía. ¡Este Curro!...

Los niños se sobresaltaron.

-Esta...mos ju...ju...gando.

-¡Este Curro!... repitió la vieja mientras se alejaba.

Se fue y su figura empezó a achicarse, a achicarse, ante el cielo, la orilla y la cinta azul y blanca de las olas.

Alguna gaviota volaba cercana y serena, y sus alas, en paréntesis, dejaban a su paso una raya de sombra. Después nada, sólo silencio y calma; y ese temblor del aire reverberante en los campos desiertos y en las playas solitarias.

-¿Qué? dijo Miguelillo por tercera vez y señaló a su hermano algo que flotaba brillando en la superficie: -¡Mira, un niño!

-No es un niño, tonto, es una bola de cristal. ¡Qué bonita!... dijo Paquito.

Los chiquillos miraban perplejos y cada uno veía aquello con distinto gesto de encantamiento.

Y en la playa seguía el mismo silencio espeso, la misma calma temblorosa. Y aún, pareció que el rumor decreció hasta hacerse un susurro.

-¡Voy!... dijo Miguel, levantándose.

-¿Adonde vas? preguntó su hermano. Pero ¿adonde vas, Miguel?...

No contestó. Se acercó a la orilla y entró, lento y confiado, en el agua que lo iba cubriendo poco a poco, con su manto blando y transparente.

Su hermano lo miraba asombrado desde la arena seca, contemplando su rubia cabeza que se acercaba a la bola navegante, con los brazos extendidos, en un abrazo imposible.

Por un instante, el mismo rayo de sol arrancó un solo fulgor de la cabecita rubia y de la bola cristalina, fundidas en un beso de entrega. Luego, el último destello de sus cabellos flotando; después, sólo la bola meciéndose y quebrando el sol en un haz...

-¡Miguel!... ¡Miguelito!... ¿Dónde estás?... ¡Dime dónde estás!. ¡Miguel!!!...

Y empezó a llorar y llorando llegó al pinar.

Curro lo escuchó aterrado, sin apenas comprender lo que intentaba explicar aquella media lengua, entorpecida por los sollozos.

Volvieron todos a la playa en un vuelo. Allí estaba la bola, brillando indiferente, jugando con el filo de las olas en la orilla; allí las gaviotas confiadas... Y allí, a unas brazadas, la pequeña mancha del camión flotando sobre el agua como un enorme crisantemo amarillo.

Curro empezó a nadar gritando:

-¡Hermanico, hermanico!...

Lo cruzó sobre sus hombros y emprendió el más triste camino de

su breve vida. Así subió la loma y atravesó los arenales pisando los tomillos y los jaramagos, seguido de un coro de llantos infantiles.

La madre los vio llegar...

Curro iba delante, doblado por el peso de aquella triste ofrenda, heridos los tobillos por las zarzas, como un pequeño nazareno.

(De *Seis chiquillos en la orilla*, 1988)

Manuel del Aguila

Cualquier ciudad, y más aún una ciudad milenaria como ALMERÍA, arrastradora de un acervo esplendoroso de recuerdos, de sucedidos y de acontecimientos de toda índole, formativos de su particular idiosincrasia, tiene una vida propia; vida que guarda una estrecha relación con la vida fisiológica de un ser humano, merece un respeto y una consideración estimativa que va más allá de la asepsia y del mantenimiento del orden público: merece amor... Un amor que incluye desde la contemplación, lenta y sosegada, de sus rincones; sus lugares más determinativos; sus perspectivas y su propia silueta clichés de latente permanencia fijada en la mente de los alejados, hasta el mimo razonado, despaciosamente pensado y realizado, que supone sostener, contra viento y marea, cualquier detalle, cualquier espacio, cualquier edificio sugeridores, que hayan aportado algo de su historia, al desarrollo de su vida auténticamente privativa y a su impronta...

ALMERÍA podía haber sido, cara al mar, la ciudad ochocentista más significativa de España, arropada por el enorme atractivo de sus murallas; y cara a Europa y al mundo, por la variedad de sus frutos y por su contrastada geografía provincial que la permite. Podía haber sido ella misma y no otra; una ciudad con fisonomía singular, con solo haber respetado lo que aportaba puliéndolo y redondeándolo, alejándole, con lógica estética, las proliferaciones urbanísticas inevitables a una ciudad que tiene que crecer por el imperativo de los tiempos. Entristece pensar como la tela de araña de los intereses personales ensuciaron y velaron, de una manera irremediable, una labor de siglos, y como, los fríos alfilerazos de la crematística siguen ensañándose en la nobleza de un paisaje.

Esa lámina de la Almería ochocentista, que, incluso trazada en buena parte a principios de este siglo, obedeció a un concepto modernamente finisecular, la hemos conocido nosotros, porque hasta bastante después del final de la Guerra Civil, se mantuvo su estampa peculiar con una gracia entrañable. Y, junto a la propia estampa, subsistieron perezosamente, resistiéndose tal vez, muchas de las costumbres, quizás desfasadas para otras latitudes, pero envueltas

por una pátina de añejos contrastes que reavivaban el recuerdo en los ausentes y encantaba con una atracción serena, a los visitantes. Nuestro mismo amor y el deseo de conocer, más cercanamente, la vida de los viejos amigos familiares y de aquellos cuyos apellidos se repiten en nuestros contemporáneos, nos ha hecho preguntar, indagar, querer saber cual fue su mapa diario, para situarles dentro de su auténtica órbita y encontrarlos enmarcados en un clima espiritual lógico a su manera de ser.

Cada almeriense, y quizás también cada visitante que prolongara su estancia en la ciudad, como podría ocurrirle, además, con cualquier otra ciudad de solera histórica, en que viviese, guardará siempre en su carnet sentimental, un número de lugares, que por haberlos recorrido en horas y compañías más íntimas, gozándolos más intensamente, o por haber sido emplazamientos de avatares en los que participó, más o menos directamente, le dejaron una huella perdurable, y, tras ella, la nostalgia del momento y el recuerdo de cómo eran y cómo estaban en aquellos momentos...

Cada cual llevará, como bagaje, su propia mochila rememoradora, pero muchos tendrán en ella, algo de común, recordando las antiguas y bellas plazas que Almería atesoraba; el Paseo, amplio y soleado, unido a todo el deslizar de sus años; las perspectivas del Puerto, con quietud de lago, o afaenado y ruinoso como un «dock» europeo, desde las bocacalles que, arrancando de la falda de la Alcazaba, van hasta él; y la gracia silente, y adormecida, que tenía todo el entorno de la Catedral, con sus pequeñas calles torcidas, amorosamente polarizadas hacia la mística fortaleza, enfilando las viejas casas con portalón cuarteado y escudo altivo, que esclavizaban en su interior un vehemente jardín, del que la rebelde araucaria, asomaba sus simétricas ramas en círculo, sobre la planicie encalada de los terrados.

Saltemos un poco sobre el tiempo y vayamos sobre las ruedas del recuerdo, más o menos directo, a la busca de la estampa perdida.

Dejemos esa Puerta de Purchena, irregular y bizarra, más que plaza, vivo corazón urbano, que centra y aflora, en todas las direcciones, la vida local y que se viene hacia la Rambla, antesala y repetición del Mercado de Abastos, con sus puestos callejeros; sus pregones, sus tingladillos, donde ponen sus notas de color desde los montones de zapatillas, cintas, lazos, retales, bobinas y ovillos hasta los hierros forjados y la ropa vieja, y, entre ellos, las cerámicas abigarradas



Artistas y fotógrafos de Almería al fondo

de Níjar; los montones de sandías de Rambla Morales; las gráciles zambombas de Navidad, peinando al viento sus arcos iris de papel rizado y los jazmineros y las madresevas, ofreciéndose en la estrecha prisión de las macetas como un calendario artesano y floral...

Dejémosla y centrémonos en otra cercana: la Glorieta de San Pedro, con su auténtico sabor finisecular; sus largos bancos de piedra circundantes; sus barandillas de hierro afiligranado; sus palmeras, sus rosales, su fuente de mármol con leyenda y peces dorados; su iglesia, elevando las torres sobre e pórtico de columnas renacentistas, desde la verde base de los árboles; sus barquilleros; sus criadas con soldado adjunto y ese rumor de niños que juegan, que corren y que cantan; niños de ayer, no tanto de hoy, que solo encontramos en estas viejas plazas provincianas. En su frente, mirando al sur, un viejo palacio de dos plantas, con toda la gracia de la época en sus hierros generosos y en los balconcillos de mármol de su primera planta, invitando al diálogo con el transeúnte y al propio en cercanía. En él, el Círculo Mercantil, democrático, salmeroniano, amparador de comerciantes e industriales de definida clase media, perfectamente conocidos y familiarizados, a quienes solo la complicidad carnavalesca de los antifaces, podría permitirles en los bailes deseados y comentados durante todo el año, la impunidad del breve interrogante del «¿quién será?...» Entidad que, agrandada más tarde, ocuparía un edificio muy «belle époque» en el Paseo del Príncipe, con amplia terraza y jardinillos laterales, recordando los de la «Promenade des Anglais» de Niza, con un gran teatro, encantador, romo de espíritu, considera inactual. Sus socios eran ese escalón social, en una sociedad aún clasista, que iba desde otras agrupaciones más modestas hasta la del Casino, en pleno Boulevard, que amparaba celosamente, con su referéndum de bolas negras la «élite» del polisón y el frac, encargados en Madrid y, a veces, en el Londres victoriano, con el que tantas relaciones uveras y mineras existían. Unos y otros tenían un punto común e insistente: la uva, que con su complicado mecanismo de cultivo, de envase y de colocación, las imponía tiránicamente el tema de conversación.

El mayor encanto de la Glorieta estaba en la noche cuando el silencio era casi absoluto, y las estrellas brillaban intensamente en el cielo y la fuente cantaba su eterna canción de agua; había algo íntimo en ella, y su propio silencio se poblaba de rumores sutiles y extraños que cautivaban y sujetaban como una mano invisible.

Muy cerca de la Plazilla de Campomanes, recordando a las minúsculas plazas del Barrio de Santa Cruz sevillano, era el breve vestíbulo de otras cercanas: la de la Catedral, solemne y largamente dorada por las piedras del Templo; la de los Olmos, profusa de arboleda, casi claustral; la de la Virgen del Mar, teatro de nuestros primeros amores estudiantiles y nuestros primeros cigarrillos; la rectangular de Careaga y esa otra, ni castellana ni andaluza, y ambas cosas a la vez, que se llama Plaza Vieja. Considerémosla; es un poco como Almería misma: Es castellana si la miramos rodeada de arcos, con su cerco completo de apretados soportales, como si necesitáramos un refugio permanente para los días lluviosos. Castellana también, si vemos la uniformidad de sus balcones y el Ayuntamiento, asomando jerárquico y altivo, presidiéndola con su silueta dominante y si vemos que un lado entero, de los cuatro que la abrazan, es la pared, llena de celosías, de un convento de monjas humildes que pasan su vida entre rezos y labores. Sin duda, todo esto es eminentemente castellano, pero no los arcos de cal, de cuyos centros cuelgan faroles andaluces que dan en la noche una incierta luz de cita; ni el azul impresionante del cielo; ni el suelo cubierto de jardines; ni esas palmeras tan disparadamente firmes; ni esos árboles tan del sur, que sin un sol casi africano no hubieran podido crecer. Por ella circula una gente heterogénea: curas, funcionarios, artesanos, pescadores... y gente alegre; guitarristas con sus instrumentos bajo el brazo y mujeres fáciles, propicias sus caricias junto al oro de la manzanilla y la falseta... «Esto», esto es auténticamente andaluz. En ella se oyeron se oyen, en las altas horas de la madrugada cante hondo: serranas, tarantos, martinetes, soleares, seguidillas... y la copla se hace más copla entonces y parece que los versos se detienen sobre la piel, con un temblor de escalofrío...

Aquel era el lugar de emplazamiento de la Feria; una Feria más íntima, también menos ruidosa. Bajo los soportales se instalaban los puestecillos del turrón y de los confettis; se vendían los helados y el popular aguanieve; se instalaban las tómbolas de caridad, donde las empingorotadas señas, casi inmóviles y sofocadas por la crueldad del corsé y la ampulosidad de las mangas de jamón, miraban a los transeúntes y sonreían con casta brevedad, invitándoles a comprar las papeletas enrolladas, puestas en mazo junto al recipiente con agua. Entre moarés de faldas plisadas y negruras solemnes de levitas, se hablaría de los carlistas, del amor fulminante de la Reina

Gobernadora y de las posteriores picardías eróticas de Isabel Segunda; de los discursos de Castelar; de la sobriedad y entereza de Don Nicolás y de los barcos de vela, que llegaban al puerto cargados con trigo de Esmirna o maderas de Filipinas... Había en el centro un kioskito con barandillas y visera de madera, caladas confiterilmente, donde la banda entre militar y municipal, llena de entorchados, tocaría pomposamente, para que bailara la juventud, suponemos que casi artesana, vals de un vienés que llamaban Strauss y polkas de Iradier y rigodones de Arrieta, en un intento de acercamiento hacia la elegancia...

Aunque hay un paralelismo constructivo, heredado de Creta y de Chipre, que da la tónica particular de Almería y que en cualquier momento, al mostrarla, fragmentada o en conjunto, obligaría decir que es ella misma y no otra ciudad mediterránea, algo había en sus barrios que, a su vez, permitía diferenciarlos entre sí, creando en la breve longitud del trayecto separador, perspectivas distintas, como las del Barrio Alto, plano y agrícola; la muy pescadora y dilatada del Alquíán; la de la Almedina, cerradamente árabe y escalonada; las alturas del Quemadero, con sus calles de Versalles o Regocijos, o el de la Caridad, hacia la Molineta, refugio entonces de excursionistas domingueros: concentraciones familiares portadoras de las trébedes y los utensilios necesarios para hacer la paella o la «enfritá»... Algo de roussonianos degustador de campos y arboledas, tenían aquellas excursiones en las que no solía faltar ni las cañas dulces, para rajarlas al aire mientras llegaba la hora de la comida, ni la comba para saltar, ni el diávolo, ni el haro y la cometa, para el entretenimiento de los muchachos.

Muy cerca, en los Jardinillos, de Belén, en el Malecón de la Rambla, estaba enclavada la plaza de toros vieja. La afición creciente a la Fiesta, obligó a la construcción de la actual, que fue inaugurada por Lagartijo y Mazzantini, figuras señeras de una fiesta que, exaltada por cronistas apasionados y pasodobles zarzueleros, ayudaba a olvidar bellos trozos de patria que se perdían en otros hemisferios. En vitrinas y colecciones de aficionados aún se conservan los programas, abanicos y pequeños carteles y pañuelos de seda amarillenta, casi quebradiza, anunciadores de la nueva plaza, coronada de banderines, con la reseña de las ganaderías y las fieras erigidas de los diestros, de alta montera y patilla rizada. La inauguración supuso un acontecimiento, minuciosamente descrito en las publicaciones de la época, que se recreaban detallando el bullicio y la algarabía que dominaba a la ciudad, y significaban el rumbo de los carruajes de las

familias pudientes, como el break del marqués de Cadimo o el landó de la Marquesa del Águila, que en aquellos días, y para festejar y obsequiar a los altos visitantes que con tal motivo llegaron a Almería, organizaron saraos y banquetes de esplendidez principesca. Alrededor de ella, fue abriéndose un barrio, de calles más lógicamente trazadas, pero conservando siempre el concepto habitable del resto de la ciudad. Y la Plaza siguió, y sigue, ofreciendo su ruedo para la lucha del hombre y la fiera; trágico ballet de la vida y de la muerte que disimula el brillo de los alamares.

Parece que estas mismas barriadas imponían sus tipos característicos, representativos de las faenas imperativas del lugar; tipos que hacían su presencia en el Centro urbano, uniendo a sus figuras el rizo sonoro de sus pregones. Unos breves poemas, hechos por mí en otro tiempo, con más emoción rememorativa que arte, posiblemente puedan acercarnos a ellos. Así, el Zapillo, las Almadravillas, el Alquián y aún por cercanía a éste y por transacción comercial, Cabo de Gata, la azulada punta que cerca con su barrera montañosa la bahía, barrios atados a la dura faena del mar, en la que toda familia participaba, zurciendo redes, calafateando la embarcación, tirando de la tralla, vendiendo la mercancía, lo hacían con EL PESCADOR:

*¡«Pescao» del Alquián,
del lance de la Virgen!...
¡Huy!... ¡saltando viene!...*

*El pescador vocea
y quien lo vea,
bajo el feo cargamento de la capacha,
no adivina la gracia de su figura
ni el antiguo secreto de su palabra.
Piernas desnudas, anchas
de andar sobre la arista de la roca,
sobre la blanda arena
y..., como San Francisco sobre el agua.*

*-«¡Pescaíco» saltando
del Perdigal!...
¡Huy!...
¡Boquerón y sardina*

del Alquíán!...

*Se ha parado en la esquina.
Como un gallo moreno,
mirando con un ojo
escucha su eco colgado de un balcón.*

*Escupe, carraspea y nuevamente suelta el grito.
De su garganta,
sale el pregón mitad quejido
y mitad soleá de ral reseca.*

*(San Francisco, Jesús junto a la orilla...
Mar, barca, red, arena...)*

*Quien lo vea,
bajo el feo cargamento de su capacha,
no adivina la gracia de su figura
ni el antiguo secreto de su palabra.*

Desde los altos montes, cercanos al Quemadero; del Hoyo de las Tres Marías; de San Cristóbal, el empinado cerro que redondea su falda con callejas pícaras y complacientes, bajaban LOS CALEROS, inundando las otras calles con un voceo contenido, alargado, sosteniendo las notas finales, sin apenas melismas...

*¡Llevo la cal blanca!...
¡Tierra de los baños!...*

*Todas las mañanas,
cuando el sol ya pinta con su clara luz
puertas y ventanas.*

*sol y sol y sol
desde el cielo azul
a la tierra parda ,*

*por la esquina rota
de cualquier calleja,
por la mancha blanca*

blanca, verde y blanca

*de cualquier plazuela,
el pregón se rompe
confuso, moruno;*

¡Llevo la cal blanca!...

*Se paró el calero
con su borriquillo
y dejó su grito,*

*barrena de voz
en cristal de calma*

*que trepó en el aire
a las azoteas
y entró en las ventanas,
igual que los tallos de la enredadera
que quieren que abra su última flor
dentro de la casa.*

*¿A cómo, buen hombre?...
Barata, muchacha.*

*Negros, negros, negros, ojos y pestañas,
blanca, blanca, blanca, la cal en la albarda.*

O allá, por las veredas de la Chanca, escalando los cerros, borrachos de luz y de colores intensos, disimuladores en su anarquía de tonalidades y trazado, de su mugre y su pobreza, la figura quimérica de EL TRAPERO, con las rodillas roñosas a través del pantalón roto, el sombrero con canalones de aguas y los dientes brillantes de comer fruta robada, colgado su saco al hombro y su cestillo de franciscanas maravillas, al brazo:

*Fíjate, fíjate que fantasía:
por pellejos de conejo;
por unos zapatos viejos
y por botellas vacías;
por trapos sucios y rotos;
por podredumbre y desechos,
el trapero,*

*¡qué hidalguía!
te da, a cambio, un molinito
de papel azul y rojo,
sobre una caña amarilla,
que rompe el aire y lo riza
con un giro de alegría.
Azul, rojo y amarillo.
Fíjate que fantasía,
¡te dan sangre, oro y cielo
por lo que no te servía!*

Está muy cerca, ya. Finalicemos pues, en el Puerto, el ancho camino azul de la ciudad, en el que, en las épocas de faena, ¡ay, ahora casi inexistentes!... hacían antesalada los barcos de las más exóticas banderas, esperando el embarque de la uva que fue ornato de los campos almerienses y fuente de riqueza, y que permitía una serie de trabajos que unían al esfuerzo y al tesón del cultivo, una bella teoría de tareas, virgilianas y anacreónticas, completadoras, desde el corte, bajo el toldo aterciopelado de las parras y la limpieza en los porches blanqueados de los cortijos, entre coplas de picadilla y chistes y comentarios lugareños; el transporte del fruto por caminos polvorientos, con ventas, arrieros y mendigos cervantinos, hasta el rodar, con ritmo de tobogán y canturreo de estibadores, hacia la barcaza atracada que había de llevarlo a la bodega de los barcos cargueros.

Y enfrente, perfectamente clara, sin los tristes biombos cuadrículados de hoy, lógicamente dibujada con un oro de piedras viejas, bellamente asentada, sobre la otra piedra clara de la montaña, la larga silueta de la Alcazaba, con su altivez ruinososa, llena de las sugerencias románticas de un pasado distinto ¿mejor!... ¿peor?... que se avenía amorosamente al entorno de la ciudad amada.

(Almería del recuerdo, 1974)

Antonio Torres Flores

Desde nuestra visión, nos centramos en la figura radiofónica de Manuel del Águila un testigo directo de la época del desarrollismo y de los últimos años de la autarquía franquista y un hombre observador por su relación con las letras, el arte y la cultura. Del Águila vive los años del hambre y silencio con un sentido común aplastante y sabe adaptarse a un cambio de una arqueología radiofónica de baja calidad. Ahora es testigo del cambio de la radio analógica a la digital, a Internet. Del Águila hace esfuerzos notables por desembarazarse de su vieja máquina de escribir para mantener sus colaboraciones en los periódicos y ante el micrófono. Es un privilegio contar con su amistad personal.

Con la salida al aire de Radio Juventud, en 1951, se rompe el monopolio de que disfrutaba Radio Almería. Radio Juventud se transformó con la democracia en Radiocadena Española. RNE la absorbió posteriormente siendo el precedente de Radio 5, la emisora todo noticias, al igual que Andalucía Información de Canal Sur Radio.

El primer corresponsal de RNE en Almería fue el escritor Manuel del Águila (Almería, 1923). A raíz de un anterior trabajo de investigación sobre los nombres de la radio gozó de su privilegiada amistad que significa ideas, una biblioteca de la Almería del desarrollismo y un punto de referencia por su vinculación con la radio durante 22 años, como colaborador y corresponsal de RNE en los Centros Emisores de Barcelona, Sevilla y Murcia. La voz del corresponsal era un punto de las palpitaciones de Almería. Algunas de esas crónicas, sus originales poseo como documentación por su gentileza al otorgármelas en entrevistas mantenidas para este trabajo en el antiguo café Colón, la trastienda de Almería, en su casa de Costacabana, rodeado de familias inglesas o en la redacción de Canal Sur. Entre esas crónicas figuran las de la inauguración del aeropuerto por Franco, aeropuerto que acabó con el único pinar existente en Almería y un perfil humano del artista Jesús de Perceval. Crónicas poco comprometidas por la situación plana y sin crítica de aquella época. Al escritor y amigo en más de una conversación le gusta señalar que lo importante

es seguir viéndonos y lo que hace falta que no se vaya nunca el pensador, conversador porque de lo contrario nos habremos empobrecido todos.

Desde Lawrence de Arabia, de Lean con los Quinn hasta las bombas de Palomares, su memoria es una biblioteca.

Al margen de la afición por la natación y las amistad personal que mantuvo con la poetisa y profesora Celia Viñas, colaborando para la puesta en marcha de la biblioteca, Del Águila tiene en su haber un trabajo narrativo sobre Almería y su costumbrismo que le fue encargado por la revista *Reader Digest* que le pagó doscientas mil pesetas, todo un récord en el panorama periodístico de los primeros años setenta. Dado que la revista hizo ediciones posteriores, para once países, incluso el chino, la revista abonó al escritor 50.000 pesetas por edición. Total que el referido trabajo que incluía un estudio antropológico sobre Andalucía, le dio unos réditos que superaron el millón de pesetas. Por su amistad con Tico Medina en su etapa de corresponsal de RNE le encargaban trabajos culturales de carácter nacional. De ahí que se sienta orgulloso de una minuciosa colaboración sobre Antonio Machado o las entrevistas con los famosos del cine que desembarcaron por esta provincia. Recuerda las mantenidas con Claudia Cardinale y Brigitte Bardot, en francés. Tiene recuerdos para el garruchero Andrés Caparrós que le solicitaba crónicas turísticas para el programa *De costa a costa para toda España*. El escritor por sus estudios y trabajos en París y Ginebra hablaba también inglés. En aquella España de blanco y negro era una virtud tener la ventaja de los idiomas para abrirse ante un incipiente turismo. De hecho el propio Manuel Fraga cuando acudió al famoso baño de Palomares por cierto que fue en Mojácar e inauguró el Parador de Turismo de Mojácar le sorprendió como Del Águila atendió a unos turistas franceses que pedían una cuna para el niño y el recepcionista de Mojácar no entendía la petición. Fraga le dio las gracias por el trabajo de traductor que estaba haciendo por España. Cada vez que visitaba Almería en calidad de Ministro de Información y Turismo le llamaba para conversar sobre el desarrollo turístico de Almería. Reitera que cuando había inauguraciones o actos con mucha componenda falangista los evitaba de una forma muy simple. En invierno argumentaba fiebre por gripe y en verano descomposiciones corporales repentinas.



Manuel del Águila figura como el primer corresponsal de RNE en Almería. Aquí le vemos departiendo alegremente con las gentes de la radio

Define a una sociedad almeriense muy estratificada, la clase alta al Casino para bailar, los comerciantes y clase media al Círculo Mercantil y los demás «donde pudieran al igual que la Feria eran unos pocos los que consumían y el resto a verlos pasar sentados en los bancos o en las puertas de las casas». «Los curas se metían en todo», dice «y ahí estaba el rosario de la Aurora que a las siete de la mañana te encontrabas a vecinos y amigos diciendo barbaridades como levantaros que el demonio os sujeta a la cama». El ciudadano Del Águila lo recuerda con tipismo y distancia «es como si vas a un pueblo y te encuentras una ristra de pimientos colgados en la puerta para que se sequen».

El escritor supo tener una vida llevadera, aplicando un inteligente sentido común, distante sobre lo oficial, y tiene una teoría taoísta, una filosofía que aconsejaba vivir aquí y ahora. Aconseja para la primera parte de la vida un ego fuerte porque si no es así te come el vecino. Yo diría que hasta el amigo que empieza como colega y luego va por ti sin ningún argumento que la envidia, muy propia de la profesión. Del Águila recuerda que aquella época de censura pudo comprobar lo que se imaginaba. Gracias a un familiar falangista, llegó a sus manos la ficha que le había redactado el régimen franquista. Decía la ficha «era un hombre con alto nivel intelectual y con posible desafección a nuestro Régimen». Recuerda el corresponsal de RNE que una vez el ex gobernador civil Manuel Urbina Carreras le espetó: «me han dicho que en el café Colón has hablado mal de Franco». «Le contesté», dijo el escritor, «que no me considerara tan tonto que para hablar mal ya tenía mi casa y los amigos íntimos».

Del Águila ya ha superado ese ego juvenil, se ha desprendido y como afirma el filósofo Salvador Pániker (Barcelona, 1927), somos una sociedad cada vez más informada en la que cada día hay menos comunicación porque todo el mundo está encerrado en sí mismo, en sus ideas y en sus obsesiones. Sufrió la cultura de la época de la persecución, del chivatazo, de la denuncia sin pruebas, de las habladurías y, en definitiva, se juzgaba por «convicción moral», es decir, sin pruebas y con delaciones secretas. El profesor José Ocaña recuerda que tuvo acceso a documentación del antiguo Gobierno Militar de Almería en el que se señalaba como prueba para fusilar a ciudadanos que «tienen un comportamiento presuntamente comunista o de escasa formación moral». Algo parecido, le ocurrió a nuestro protagonista pero conviene reiterar que su música y la lectura frente

al mar le hizo pasar de puntillas para continuar con una vitalidad que mantiene en la actualidad. De hecho grandes fortunas de Almería pero con bajo nivel cultural siguen viendo al escritor como un hombre próximo. Sus letras y en definitiva la cultura le acerca a todos los sectores de la población.

Del Águila, autor entre otras obras, de la canción como forma expresiva, *Almería del recuerdo* y *Seis chiquillos en la orilla*, obtuvo en 1950, el premio nacional de la Canción, concedido por la Universidad de Barcelona. En declaraciones al periodista Miguel Naveros en *La Voz de Almería* de fecha 31 de diciembre de 1999, página 5, le explicaba: «Tenía 20 años cuando acabó la Guerra Civil, tuve una juventud marcada por mi bicicleta, mi playa de San Miguel y de Villagarcía, mis baños, mis libros, siempre mis libros. No había más que eso, hacer deporte y formarse. Yo siempre fui una persona optimista, quiero decir, que busca el lado bueno de las cosas y de la existencia, de un rector hedonista, y como tal viví mi juventud». La letra del premio concedido en Barcelona se mantiene aún en las emisoras de radio, «Si vas pa' la mar. Si vas pa' la mar». Sobre ello creó una de las tres canciones premiadas. La historia de *Si vas para la mar* es tan sencilla como la de un chico del El Alquíán al que cada vez que bajaba al playazo alguien le encargaba algo «Si vas pa' la mar, traéte». Un día el chico lo canturreó y Manuel del Águila comenzó a darle vueltas al asunto hasta que escribió una letra que Manolo Escobar hizo célebre en todas las emisoras. Un creador de temas entrañables. Y vivencias históricas. El asesinato de Kennedy; las bombas de Palomares; el hombre en la luna; el caso Almería; la intentona golpista del 23-F y los inicios en *blanco y negro* hasta la guerra de audiencias, Del Águila tiene para un libro muy documentado sobre la Almería profunda frente a la desusada pandereta de la siesta, o de aquella estúpida frase de «Almería, madre de la vida padre». Agua, invernaderos, comunicaciones y la era digital marcan el futuro junto a la ilusión del 2005.

